

KAREN MARIE MONING

FIEBRE SANGRIENTA

TERCIOPELO | PARANORMAL

Fiebre sangrienta



Fiebre sangrienta

Karen Marie Moning

Traducción de
Nieves Calvino



Publicado en acuerdo con The Bantam Dell Publishing Group,
una editora de Random House, Inc.

Título original: *Bloodfever*
Copyright © Karen Marie Moning, 2007

Primera edición: abril de 2009

© de la traducción: Nieves Cálvino
© de esta edición: Libros del Atril, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral.
08003 Barcelona
info@terciopelo.net
www.terciopelo.net

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92.617-14-2
Depósito legal: M. 9.136-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Este libro se lo quiero dedicar a Jessi por, entre otras cosas, patearse toda Irlanda bajo la lluvia, tomando unas fotografías tan hermosas. ¡Estoy muy orgullosa de ti!

Y para Leiha, que mantiene la máquina engrasada y los engranajes girando con una sonrisa tal que a su lado hasta al sonriente gato de Cheshire parecería estar malhumorado. Gracias por cruzar el país por mí.

Y para Neil, capaz de entender el alma de un artista porque él posee una. Gracias por la música y los meses en Key West. Fue una delicia.

Querido lector:

Al final del libro encontrarás un glosario detallado de nombres y objetos.

Algunas entradas contienen pequeños datos sobre el desenlace que podrían destripar la historia. Lee por tu cuenta y riesgo.

Para más información sobre los diferentes libros de la serie y el mundo de Fae puede visitar las siguientes páginas:

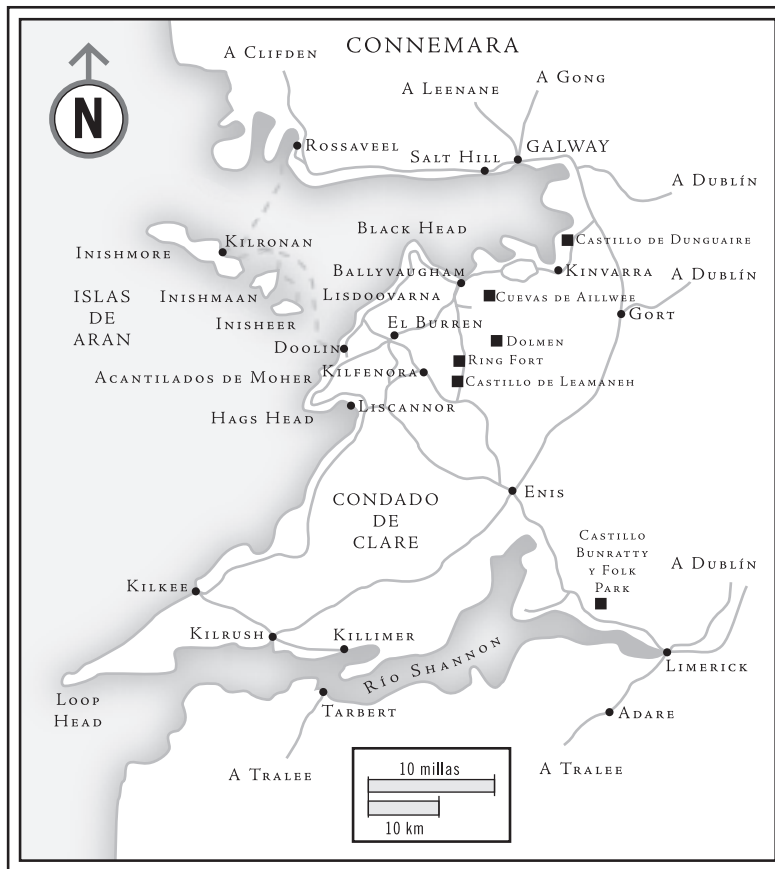
www.sidhe-seersinc.com

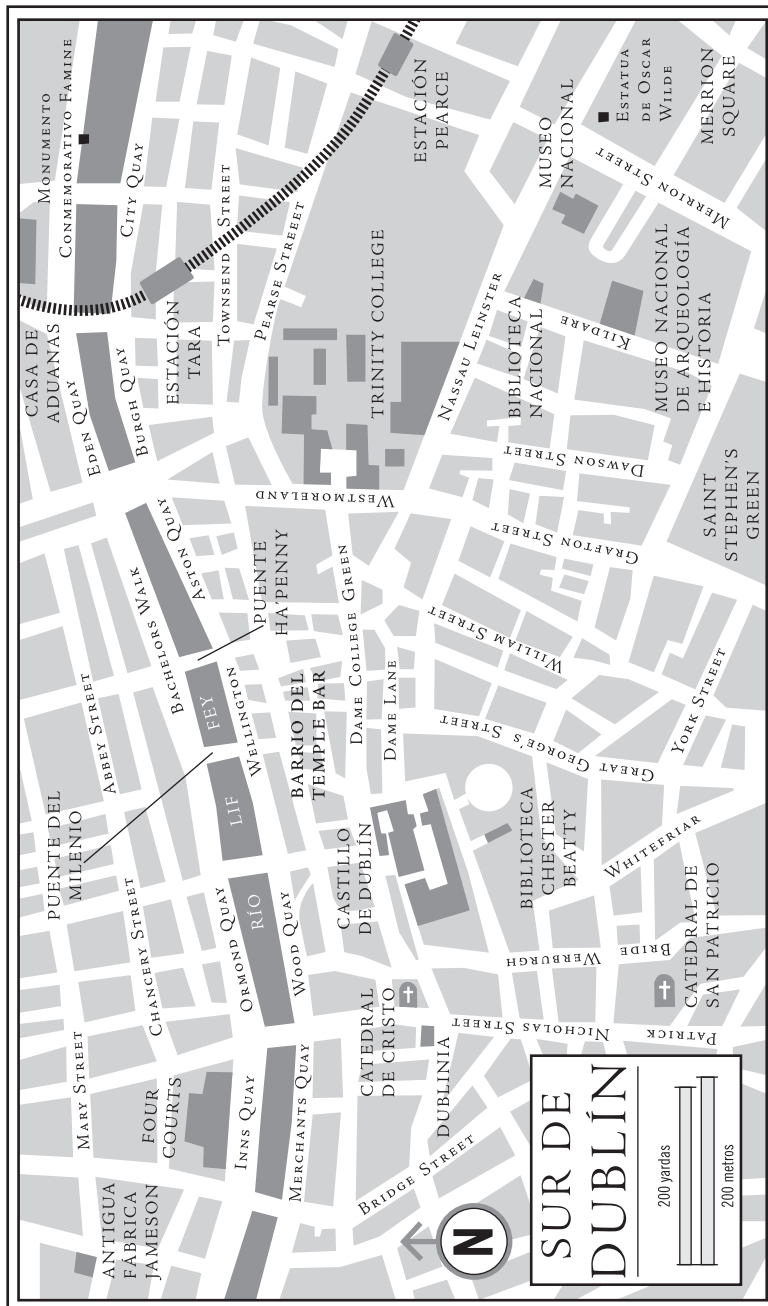
www.karenmoning.com

He visto mi grandeza titubear en un instante
Y he presenciado al Eterno Lacayo, con mi abrigo en sus
manos, reírse con desprecio
Y a fin de cuentas, sentí miedo.

La canción de amor de J. Alfred Prufrock
T. S. ELIOT







Prólogo

Todos tenemos nuestros pequeños problemas e inseguridades. Yo no soy diferente. En el instituto, cuando solía sentirme insegura por algo, me consolaba pensando en dos cosas: soy guapa y mis padres me quieren. Sabiendo esas dos cosas, podía superarlo todo.

Desde entonces he comprendido lo poco que importa lo primero, y el sabor amargo que puede tener lo último. ¿Qué nos queda entonces? Ni nuestro aspecto ni quien nos quiere o nos odia. Ni nuestra capacidad intelectual —que, al igual que la belleza, viene determinada genéticamente—, ni siquiera aquello que decimos.

Son nuestras acciones las que nos definen. Lo que elegimos, lo que soportamos. Aquello por lo que estamos dispuestos a dar la vida.

Me llamo MacKayla Lane. O eso creo. Algunos dicen que mi verdadero apellido es O'Connor. Ésa es otra de mis inseguridades en estos momentos: quién soy. Aunque, en este instante, no tengo prisa por averiguarlo. Lo que soy ya es bastante perturbador.

Soy de Ashford, Georgia. Eso creo. Últimamente he comprendido que tengo algunos recuerdos delicados que soy incapaz de ordenar.

Me encuentro en Irlanda. Cuando mi hermana Alina fue hallada muerta en un sucio callejón al norte de Dublín, la policía local cerró su caso en un tiempo récord, así que tomé un avión para ver qué podía hacer para conseguir que se hiciera justicia.

De acuerdo, puede que no sea tan pura.

Lo que en realidad vine a buscar es venganza. Y ahora, después de todo cuanto he visto, lo ansío con mayor fuerza.

Solía pensar que mi hermana y yo éramos dos simpáticas chicas sureñas, que se casarían en unos años, tendrían niños y llevarían una vida cómoda, bebiendo té en un porche bajo la sombra de un magnolio, criando juntas a nuestros hijos cerca de mamá y papá y la una de la otra.

Luego descubrí que Alina y yo no descendíamos de una buena y saludable familia sureña, sino de una antigua estirpe celta de poderosos *sidhe-seers*, personas que pueden ver a los Fae, una aterradora raza de seres de otro mundo, que llevan miles de años viviendo en secreto entre nosotros, ocultos en ilusiones y mentiras. Gobernados relajadamente por una reina, e incluso con mayor licencia mediante un pacto que pocos apoyan y que muchos desconocen, llevan milenios cazando y alimentándose de los humanos.

Supuestamente soy uno de los *sidhe-seers* más poderosos que jamás han existido. No sólo puedo ver a los Fae, sino que también puedo sentir sus reliquias sagradas, que poseen su magia más mortífera y poderosa.

Puedo encontrarlas.

Puedo utilizarlas.

Ya he encontrado la mítica Lanza de Luin, una de las dos armas capaces de matar a un inmortal Fae. Soy, además, un Null: una persona que puede inmovilizar temporalmente a un Fae y despojarle de sus poderes con tan sólo rozarlo con mi mano. Eso me ayuda a vencerlos cuando lo necesito, cosa que, últimamente, sucede cada vez que me doy media vuelta.

Mi mundo comenzó a desmoronarse con la muerte de mi hermana, y no ha parado desde entonces. Y no es sólo mi mundo el que tiene problemas; también los tiene el tuyo.

Los muros entre el Reino de los Hombres y el Reino Faery se vienen abajo.

Ignoro por qué o cómo. Lo único que sé es que es así. Mi sangre *sidhe-seer* me lo dice. Un oscuro viento Fae trae hasta mi boca el fuerte sabor metálico de la sangre y de una terrible guerra que se avecina. Desde la distancia llega a mis oídos el tronar de los cascos de los sementales de los Fae, afilados como

cuchillas, moviéndose impacientemente en círculos, dispuestos a cargar contra nosotros en la antigua y prohibida Caza Salvaje.

Sé quién mató a mi hermana. He mirado fijamente los mortíferos ojos de aquel que la sedujo, la utilizó y destruyó. No es un Fae, no es humano, se hace llamar lord Master, y ha estado abriendo portales entre reinos, trayendo a los Unseelie a nuestro mundo.

Los Fae se componen de dos Cortes adversarias con sus propias Casas Reales y castas únicas: la Seelie, o Corte de la Luz; y la Unseelie, o Corte Oscura. No te dejes engañar por este asunto de la luz y la oscuridad; las dos son letales. Resulta espeluznante que los Seelie consideren que su raza oscura, los Unseelie, era tan abominable que ellos mismos se encargaron de recluirlos hace unos cientos de eones. Cuando un Fae teme a otro Fae, nada bueno puede esperarse.

Ahora lord Master está liberando a nuestros enemigos más peligrosos y viles, dejándolos sueltos en nuestro mundo y enseñándoles a infiltrarse en nuestra sociedad. Cuando estos monstruos recorran nuestras calles, tan sólo veréis el *glamour* que desprenden: la falsa imagen de una mujer, hombre o niño hermosos.

Yo veo lo que son en realidad.

No me cabe duda de que habría terminado tan muerta como mi hermana después de llegar a Dublín si no llego a entrar por casualidad en una librería propiedad del enigmático Jericho Barrons. No tengo ni idea de quién o qué es, o de lo que quiere, pero él sabe más sobre lo que yo soy y lo que sucede que nadie que conozca, y necesito sus conocimientos.

Jericho me acogió cuando no tenía adónde ir, me enseñó, me abrió los ojos y me ayudó a sobrevivir. De acuerdo, no lo hizo con tacto, pero ya no soy tan escrupulosa en lo que respecta a cómo sobrevivir, siempre que consiga hacerlo.

Me mudé a su librería porque estaba más segura que en mi modesta habitación de la posada. Está bien protegida contra la mayoría de mis enemigos gracias a conjuros y variadas y desagradables trampas, y se erige igual que un bastión en el límite de lo que yo llamo una Zona Oscura: un barrio que ha sido ocupado por Sombras, Unseelie amorfos, que proliferan en la oscuridad y se alimentan de los humanos.

Barrons y yo hemos formado una precaria alianza basada en una necesidad mutua: ambos queremos el Sinsar Dubh, un libro con un millón de años de antigüedad, portador de la magia más negra imaginable, supuestamente escrito por el mismísimo rey de los Unseelie, que esconde la clave de un poder capaz de dominar el mundo de los Fae así como el de los Hombres.

Yo lo quiero porque fue lo último que Alina me pidió antes de morir, y sospecho que alberga la clave para salvar nuestro mundo.

Él lo quiere porque dice que colecciona libros. Ya, y yo me lo creo.

Todos aquellos con quienes me he topado también lo buscan. Es una empresa peligrosa; el riesgo es incalculable.

Debido a que el Sinsar Dubh es una reliquia Fae, puedo sentirlo cuando está cerca. Barrons no es capaz de lo mismo. Pero él sabe dónde buscarlo, y yo lo ignoro. Así que ahora somos cómplices, que en absoluto confiamos el uno en el otro.

La vida protegida y mimada que llevaba no me había preparado para lo que he vivido las últimas semanas. Ya no llevo largo mi rubio cabello, me lo corté y teñí de negro para pasar desapercibida. Mis bonitos trajes en colores pastel quedaron relegados al olvido, sustituidos por colores apagados en los que no puedan apreciarse las manchas de sangre. He aprendido a decir tacos, a robar, a mentir y a matar. He sufrido el asalto de un Fae capaz de matar mediante el sexo y me han obligado a desnudarme en público no una, sino dos veces. He descubierto que fui adoptada. He estado a punto de morir.

Con Barrons a mi lado, he robado a un gánster y a sus secuaces y los he conducido a la muerte. He luchado y matado a docenas de Unseelie. He combatido contra el vampiro Mallucé en un sangriento enfrentamiento con el mismísimo lord Master.

En poco menos de un mes, he logrado cabrear a toda criatura con poderes mágicos de la ciudad. La mitad de los cuales, según he descubierto, me quieren muerta; la otra mitad quieren utilizarme para encontrar el mortífero y codiciado Sinsar Dubh.

Supongo que podría volver pitando a mi casa. Intentar olvidar. Intentar esconderme.

Luego pienso en Alina y en cómo murió.

Su rostro acude a mi mente, un rostro que conocía tan bien como el mío; no sólo era mi hermana, era mi mejor amiga, y casi puedo oír cómo me dice: Venga ya, enana... ¿cómo vas a arriesgarte a llevar a un monstruo como Mallucé, a un Fae capaz de matarte de un orgasmo, o algunos otros Unseelie hasta Ashford? ¿Cómo vas a correr el riesgo de que alguna Sombra se cuele de polizón en tu equipaje y devore las encantadoras e idílicas calles de nuestra infancia, apagando las farolas una por una? Cuando veas que el lugar donde estaba nuestra casa se ha convertido en una Zona Oscura, ¿cómo te sentirás, Mac?

Y antes de que su voz comience siquiera a apagarse, sé que no me iré de aquí hasta que esto haya acabado.

Hasta que ellos estén muertos, o lo esté yo.

La muerte de Alina será vengada.

Capítulo uno

—*E*s usted una mujer difícil de encontrar, señorita Lane —me dijo el inspector O’Duffy cuando abrí la puerta con paneles en forma romboidal de la Librería Barrons.

La majestuosa y antigua librería era mi casa lejos de ser mi hogar, tanto si me gustaba como si no; y a pesar del suntuoso mobiliario, las alfombras de incalculable valor y una infinita variedad de material de lectura de primera, no me gustaba. Una jaula sigue siendo una jaula aunque tenga los barrotes de oro.

Él me miró con dureza cuando crucé la puerta y aparecí a plena vista, reparando en mi brazo y dedos inmovilizados, los puntos que llevaba en el labio y los moratones purpúreos y amarillentos que comenzaban alrededor de mi ojo derecho y se extendían hasta la base de mi mandíbula. Pese a que enarcó una ceja, no hizo comentario alguno al respecto.

Afuera hacía un tiempo horrible, y durante el lapso en que la puerta estuvo abierta, lo sentí de cerca. Llevaba días lloviendo, un incesante y deprimente torrente de gotas, que me agujoneaba con sus punzantes gotas llevadas por el viento incluso desde donde me encontraba, resguardada bajo la arcada flanqueada por columnas de la magnífica entrada de la librería. A las once en punto de la mañana del domingo, estaba tan nublado y oscuro, que las farolas seguían encendidas. Pese a su mortecina luz amarillenta, apenas podía distinguir el contorno de las tiendas del otro lado de la calle a través de la densa y tupida niebla.

Retrocedí para dejar pasar al inspector. Ráfagas de un viento gélido se colaron con él.

Cerré la puerta y regresé a la zona de esparcimiento cerca de la chimenea donde había estado leyendo en el sofá, arropada con una manta. Mi dormitorio se encontraba en el piso superior, pero cuando la librería estaba cerrada durante el fin de semana, hacía de la planta baja, con sus acogedores rincones de lectura y sus chimeneas esmaltadas, mi sala de estar. Mis gustos en materia de lectura se habían vuelto un tanto excéntricos últimamente. Completamente consciente de que O'Duffy me seguía de cerca, con la puntera del zapato empujé disimuladamente debajo de un bonito y curioso armario algunos de los ejemplares más estrambóticos que había estado examinando con atención. *Gente pequeña: ¿Cuento de hadas o realidad?*, al que rápidamente siguió *Vampiros para principiantes* y *Poder divino: una historia de reliquias sagradas*.

—Hace un tiempo espantoso —observó, acercándose a la chimenea y calentándose las manos ante el débil crepitar de las llamas.

Le di la razón quizá con mayor entusiasmo del que requería, pero el incesante diluvio que caía afuera me estaba sacando de quicio. Unos cuantos días más así, y me pongo a construir un arca. Había oído que en Irlanda llovía copiosamente, pero en mi opinión una cosa era «mucho» y otra «constantemente». Como turista forzada, que echa de menos su hogar y se ha visto obligada a mudarse, había cometido el error de comprobar el tiempo que hacía esta mañana en Ashford. En Georgia hacía un bochornoso día despejado con una temperatura superior a treinta y cinco grados; simplemente otro perfecto día soleado y esplendoroso en el profundo Sur. En unas pocas horas mis amigas se dirigirían a uno de nuestros lagos preferidos donde podían tomar el sol, recrearse la vista con chicos buenorros y hojear las últimas revistas de moda.

Aquí, en Dublín, estábamos a diez grados y la humedad era tal, que parecía que estuviéramos a cinco.

Sin sol; sin chicos buenorros. Y mi única preocupación relativa a la moda era cerciorarme de que mi ropa fuera lo bastante holgada como para esconder armas debajo. Incluso en la relativa seguridad de la librería, llevaba encima dos linternas,

un par de tijeras y una mortífera lanza de treinta centímetros, con la punta bien protegida por una bola de papel de aluminio. Había repartido docenas de linternas y hecho un inventario de objetos que podrían servirme de arsenal por los cuatro pisos que tenía la librería. También había escondido algunas cruces y botellas con agua bendita en varios rincones. Barrons se reiría de mí si lo supiera.

Cualquiera diría que estoy esperando a un ejército salido del Infierno.

Y así es.

—¿Cómo me ha encontrado? —le pregunté al inspector. La última vez que había hablado con el *garda*¹ hacía una semana, me presionó para que le dijera un modo de ponerse en contacto conmigo. Yo le había dado mi antigua dirección en la pensión Clarin, donde me alojé por poco tiempo nada más llegar aquí. No sé por qué lo hice. Supongo que no confiaba en nadie. Ni siquiera en la policía. Aquí los buenos y los malos parecen iguales. Que le pregunten sino a mi hermana Alina, víctima de uno de los hombres más guapos que jamás he visto, lord Master, que resulta, además, ser uno de los más viles.

—Soy detective, señorita Lane —me dijo O’Duffy con una seca sonrisa, y me di cuenta de que no tenía intención de revelármelo. La sonrisa se desvaneció y sus ojos se entrecerraron con una sutil advertencia: no me mientas, lo sabré si lo haces.

No estaba preocupada. Barrons me dijo lo mismo en una ocasión, y él tenía unos sentidos sobrenaturales potentes. Si Barrons no me pillaba, no iba a hacerlo O’Duffy. Esperé, preguntándome qué le había traído por aquí. Había dejado claro que consideraba que el caso de mi hermana era imposible de resolver y que estaba cerrado.

Se apartó del fuego y dejó la cartera que llevaba colgada al hombro en la mesa que nos separaba.

Unos mapas se desparramaron por la reluciente madera.

Pese a que no dejé traslucir nada, sentí un intenso y helado escalofrío en la espalda. Ya no podía ver los mapas del mismo

1. *Garda Síochána* es el nombre de la Policía de la República de Irlanda. Así, un policía es un «*garda*». (N. de la T.)

modo en que lo hacía antes: como inofensivas guías para viajeros desorientados o turistas confusos. Ahora, cuando desplegabam uno, en parte esperaba encontrar agujeros quemados allí donde se ubicaban las Zonas Oscuras; esos lugares de nuestras ciudades que habían desaparecido de nuestros mapas, engullidos por las mortíferas Sombras. Lo que me preocupaba ya no era lo que un mapa mostraba, sino lo que no aparecía en él.

Una semana antes le había exigido a O'Duffy que me contara todo lo que sabía acerca de la pista que mi hermana había dejado en la escena de su asesinato, palabras que ella había garabateado en el adoquinado del callejón mientras moría: 1247 La Ruhe.

Me dijo que había sido incapaz de encontrar tal dirección. Yo sí había dado con ella.

Me había costado un poco pensar con la mente más abierta, pero eso es algo que cada día se me da mejor, pese a que no puedo atribuirme el mérito. Resulta fácil pensar bajo una nueva perspectiva cuando la antigua ha quedado aplastada por un elefante de dos toneladas. ¿Qué otra cosa es esa perspectiva sino un conjunto de creencias sobre el mundo que nosotros elegimos y que nos hacen sentir a salvo? Mi perspectiva ahora está completamente vacía, y es casi igual de inútil como lo es un paraguas de papel de seda para protegerse del aguacero que está cayendo.

O'Duffy se sentó a mi lado en el sofá, suavemente para tratarse de un hombre de su envergadura.

—Ya sé lo que piensa de mí —dijo.

Cuando me disponía a objetar educadamente (no es fácil abandonar las buenas costumbres sureñas, si es que llega a hacerse alguna vez), me hizo callar con un ademán, lo que mi madre denomina una «orden categórica».

—Llevo veintidós años en este oficio, señorita Lane. Sé lo que sienten los familiares de casos cerrados de asesinato cuando me miran. Dolor; ira —dejó escapar una seca carcajada—. Soy consciente de que me creen un maldito imbécil que se pasa más tiempo de bares que trabajando, o que su ser querido descansa justificadamente en paz en tanto que el criminal se pudre en la cárcel.

Pudrirse en la cárcel era un destino demasiado benévolo

para el asesino de mi hermana. Además, no estaba segura de que existiera cárcel alguna que pudiera retenerle. El líder de los Unseelie podría dibujar símbolos en el suelo, golpear con su báculo y desaparecer a través de un oportuno portal. A pesar de que Barrons me había prevenido que no debía sacar conclusiones, no veía razón para dudar que lord Master fuera responsable de la muerte de mi hermana.

O'Duffy hizo una pausa, tal vez para concederme la posibilidad de replicar. No lo hice. Él tenía razón. Había sentido todo eso y más, pero sopesando las manchas de mermelada de su corbata y su sobresaliente barriga como pruebas circunstanciales, le había culpado de pasar demasiado tiempo en panaderías y cafeterías en vez de en bares.

Él seleccionó dos mapas de Dublín de la mesa y me los entregó.

Le miré de forma inquisitiva.

—El de encima es del año pasado. El de abajo se publicó hace siete años.

Me encogí de hombros.

—¿Y qué? —Unas semanas atrás me hubiera encantado recibir cualquier posible ayuda del *garda*. Sabiendo lo que sabía ahora sobre la Zona Oscura próxima a la Librería Barrons sobre ese terrible páramo donde había encontrado el 1247 LaRuhe, después de haber tenido un violento enfrentamiento con lord Master y de haber estado a punto de que me mataran, quería que la policía se mantuviera los más lejos posible de mi vida. No quería más muertes en mi conciencia. De todas formas, el *garda* no podía ayudarme. Únicamente un *sidhe-seer* podía ver a los monstruos que se habían apoderado del barrio abandonado y lo habían transformado en una trampa mortal. La mayoría de los humanos no sabían que se encontraban en peligro hasta que eran fiambres.

—Encontré el 1247 LaRuhe, señorita Lane. Aparece en el mapa publicado hace siete años. Aunque parezca mentira, no figura en el publicado el año pasado. Grand Walk, a una manzana de distancia de esta librería, tampoco aparece en el mapa nuevo. Ni tampoco Connelly Street, una manzana más allá de éste. Lo he comprobado; me pasé por allí antes de venir a verla.

¡Ay, Dios mío! ¿Acaso O'Duffy había entrado en la Zona

Oscura esa mañana? ¡El día era apenas suficientemente luminoso para que las sombras continuaran agazapadas dondequiera que se escondieran esas repugnantes criaturas! Si la tormenta hubiera sido algo más violenta, y el cielo hubiera estado más encapotado, el más osado de esos chupópteros podría haber desafiado al día con tal de hacerse con un *Big Mac* humano. O'Duffy había estado bailando agarradito con la Muerte, ¡y ni siquiera lo sabía!

El confiado inspector agitó la mano hacia el montón de mapas. Todos parecían muy usados. Parecía que habían formado una bola con uno de ellos, movido por la indignación o la incredulidad, para volverlo a alisar después. Yo no era ajena a esas emociones.

—De hecho, señorita Lane —prosiguió O'Duffy—, ninguna de las calles que acabo de mencionar aparece en ningún mapa de reciente publicación.

Le lancé mi mirada más inescrutable.

—¿Qué está diciendo, inspector? ¿El ayuntamiento ha cambiado los nombres de las calles de esta parte de Dublín? ¿Es por eso que no aparecen en los nuevos mapas?

El rostro del hombre se puso tenso y apartó la mirada bruscamente.

—Nadie ha cambiado el nombre de las calles —gruñó—. A menos que lo hicieran sin notificárselo a las autoridades pertinentes. —Me miró de nuevo con dureza—. Pensé que tal vez quisiera contarme algo, señorita Lane. Algo que pueda parecer... un tanto... ¿insólito?

Entonces lo vi, en sus ojos. Al inspector le había sucedido algo recientemente que había cambiado drásticamente su paradigma. Ignoraba por completo qué había sacudido la pragmática perspectiva del mundo que tenía el curtido detective que tanto trabajaba, pero él también pensaba ahora bajo un prisma diferente.

Necesitaba que volviera a pensar como siempre... lo antes posible. Tener una perspectiva más amplia en aquella ciudad era peligroso.

Pensé rápido; no había mucho de lo que pudiera echar mano.

—Inspector —le dije, endulzando y suavizando mi lán-

guido acento de Georgia; «dulcificando», como solemos decir nosotros, el regusto desagradable de lo que decimos con una especie de dulzor verbal—. Sé que debe pensar que soy tonta de remate, viniendo hasta aquí y cuestionando sus técnicas de investigación cuando cualquiera puede ver que es experto en su campo y que yo carezco de conocimientos en estos asuntos, y le agradezco lo paciente que se ha mostrado conmigo, pero ya no albergo dudas acerca de su investigación de la muerte de mi hermana. Ahora sé que hizo cuanto pudo por resolver su caso. Tenía pensado pasarme a hablar con usted antes de marcharme, pero... bueno, a decir verdad, me sentía un poco avergonzada por nuestros encuentros previos. El otro día volví al callejón y eché un buen vistazo, sin llorar ni dejar que mis emociones interfirieran, y me di cuenta de que mi hermana no me dejó ninguna pista. Que tan sólo la pena y la ira me llevaron a creer lo contrario. Sean lo que sean las marcas que hay en ese callejón, llevan años allí.

—¿Sean lo que sean las marcas que hay en ese callejón? —repitió O'Duffy detenidamente, y supe que estaba recordando lo inflexible que me había mostrado la semana pasada por aquello que había sido escrito en ese callejón.

—En serio, era prácticamente indescifrable. Podría haber puesto cualquier cosa.

—¿De veras lo cree, señorita Lane?

—Sí. Y mi intención era decirle que tampoco se trataba de su neceser. También me confundí en eso. Mi madre me dijo que le dio a Alina el plateado, y que no estaba guateado. Mi madre quería que pudiéramos distinguirlos. Siempre nos peleábamos por cuál era de quién. El hecho es que me estaba aferrando desesperadamente a un clavo ardiendo y que lamento haberle hecho perder el tiempo. Tenía razón al decirme que debía hacer las maletas, irme a casa y ayudar a mi familia a superar este trance.

—Comprendo —dijo pausadamente, y yo me temí que en realidad así fuera... que supiera que le estaba mintiendo.

¿Es que los servidores de la ley mal pagados y que trabajan excesivamente sólo te hacen caso si te pones pesada? Yo ya había dejado de darle la lata, así que, ¿por qué no captaba la indirecta y se largaba por donde había venido? El caso de Alina se

había cerrado antes de que yo llegara, O'Duffy se había negado a reabrirlo, y maldita sea si iba a reabrirlo ahora. ¡Iba a lograr que le mataran!

Dejé de utilizar ese lánguido tono empalagoso.

—Mire, inspector, lo que digo es que he renunciado. No pido que ni usted ni nadie continúe con la investigación. Sé que su departamento está desbordado; que no hay pistas. Soy consciente de que es un caso irresoluble y acepto que está cerrado.

—Qué... repentinamente maduro de su parte, señorita Lane.

—La muerte de una hermana puede hacerle madurar rápidamente a una. —Y qué gran verdad era.

—Supongo que eso significa que no tardará en regresar a su país.

—Mañana —mentí.

—¿Con qué compañía?

—Con Continental.

—¿En qué vuelo?

—Tengo una memoria malísima para estas cosas. Lo tengo apuntado en alguna parte, en mi cuarto.

—¿A qué hora sale?

—A las once y treinta y cinco.

—¿Quién la ha pegado?

Parpadeé, intentado dar con una respuesta. De ningún modo podía decirle que había apuñalado a un vampiro y que éste había intentado matarme.

—Me caí por las escaleras.

—Debe tener cuidado; las escaleras pueden ser peligrosas.

—Eché un vistazo por la habitación—. ¿Qué escaleras?

—Están en la parte trasera.

—¿Cómo se golpeó en la cara? ¿Se dio con la barandilla?

—Ajá.

—¿Quién es Barrons?

—¿Qué?

—El establecimiento se llama Librería Barrons. No logré encontrar nada en los archivos públicos sobre el propietario, ni fecha de venta del edificio ni siquiera una licencia comercial. De hecho, aunque esta dirección figura en mis mapas, a todos los efectos, el edificio no existe. Así pues, ¿quién es Barrons?

—Soy el propietario de esta librería. ¿Por qué lo pregunta?

Me sobresalté, reprimiendo un grito ahogado. Qué hombre tan sigiloso. Estaba justo detrás de nosotros, la viva estampa de la serenidad, con una mano sobre el respaldo del sofá, el cabello negro retirado de la cara y una expresión fría y arrogante, lo cual no era ninguna sorpresa. Barrons es arrogante y frío. También es rico, fuerte, inteligente y un enigma andante. Además, la mayoría de las mujeres parecen encontrarle tremendamente atractivo. Por suerte, yo no soy como la mayoría de las mujeres. No me pone el peligro; lo que me pone son esos hombres cuya pasta se compone de unos firmes valores morales, y lo más cerca que Barrons está de la «pasta» es cuando recorre el pasillo del supermercado.

Me pregunté cuánto tiempo llevaba allí. Tratándose de él, nunca se sabe.

El inspector se puso en pie, parecía algo nervioso. Contempló la estatura de Barrons, sus botas con puntera de acero, el suelo de parquet. Jericho Barrons es un hombre alto y fornido. Sabía que O'Duffy se preguntaba cómo era posible que no le hubiera oído acercarse. Yo ya no malgastaba el tiempo preguntándome tal cosa. De hecho, siempre y cuando continúe cubriéndome las espaldas, seguiré pasando por alto que Barrons no parece regirse por las leyes naturales o de la física.

—Me gustaría ver alguna identificación —farfulló el inspector.

Esperaba que Barrons echase a O'Duffy de la tienda de la oreja. Barrons no tenía ninguna obligación de acceder a ello y no aguanta estupideces con indulgencia. En realidad, no las tolera en absoluto, salvo a mí, y sólo porque necesita mi ayuda para encontrar el Sinsar Dubh. No es que yo sea estúpida. Si de algo soy culpable es de tener la forma de ser despreocupada y alegre de alguien que ha disfrutado de una infancia feliz, de unos padres cariñosos y de largos veranos abanicada con ventiladores de techo que se mueven perezosamente y de obras de teatro provincianas en el Profundo Sur, que, aunque sea estupendo, no es algo que te prepare para la vida real.

Barrons le brindó una sonrisa lobuna al inspector.

—Cómo no. —Sacó una cartera del bolsillo interior de su traje. Se la tendió sin soltarla—. Y la suya, inspector.

O'Duffy apretó los dientes, pero accedió.

Mientras los hombres intercambiaban sus identificaciones, yo me acerqué subrepticamente a O'Duffy para poder echarle una ojeada a la cartera de Barrons.

¿Es que no se acababan los milagros? Al igual que una persona normal y corriente, tenía carné de conducir. Cabello: negro. Ojos: castaños. Altura: metro noventa y dos. Peso: 111 kilos. Fecha de nacimiento... ¿estaba de coña?... En Halloween. Tenía treinta y un años y su segundo nombre comenzaba por zeta. Dudaba que fuera donante de órganos.

—Tiene un apartado de correos en Galway por dirección, señor Barrons. ¿Es ahí donde nació?

En una ocasión le había preguntado a Barrons sobre su ascendencia y él me había respondido que descendía de los pictos y los vascos. Galway se encuentra en Irlanda, a unas horas al oeste de Dublín.

—No.

—¿Dónde nació?

—En Escocia.

—No tiene acento escocés.

—Y usted no tiene acento irlandés. Y sin embargo es un policía irlandés. Pero claro, los ingleses llevan siglos intentando imponer sus leyes a sus vecinos, ¿no es así, inspector?

O'Duffy tenía un tic en el ojo en el que no había reparado con anterioridad.

—¿Cuánto lleva en Dublín?

—Unos pocos años. ¿Y usted?

—Aquí soy yo quien hace las preguntas.

—Únicamente porque yo se lo permito.

—Puedo llevarle a comisaría. ¿Prefiere eso?

—Inténtelo. —Esa única palabra le retaba al *garda* a intentarlo, por las buenas así como por las malas. La sonrisa que acompañó al desafío garantizaba un fracaso. Entonces me pregunté qué haría si el inspector lo intentaba. Mi inescrutable carcelero parecía poseer un sinfín de recursos.

O'Duffy sostuvo la prolongada mirada de Barrons tal como yo esperaba que hiciera. Quería decirle que apartar la mirada no era nada de lo que uno debiera avergonzarse. Barrons tiene algo de lo que el resto carece. No sé qué es, pero es algo que

siento continuamente, sobre todo cuando estamos cerca el uno del otro. Debajo de su ropa cara, su acento indefinido y su aspecto culto, había algo que no había salido a la superficie. No quería que saliera; prefería que siguiera donde estaba.

Al parecer, el inspector estimó que lo más prudente era un intercambio de información, o tal vez que era el camino más sencillo.

—Vivo en Dublín desde que tenía doce años. Cuando mi padre murió, mi madre se casó en segundas nupcias con un irlandés. Hay un hombre en Chester que dice conocerle, señor Barrons. Se llama Ryodan. ¿Le suena?

—Señorita Lane, vaya arriba —dijo Barrons de inmediato con voz serena.

—Estoy bien aquí. —¿Quién era Ryodan y qué era lo que Barrons no quería que supiese?

—Arriba. Ya.

Fruñí el ceño. No tuve que mirar a O'Duffy para saber que él me estaba observando con mucho interés... y pena. El policía pensaba que Barrons era quien me había tirado por las escaleras. Odio que me tengan lástima. La compasión no me molesta tanto. La compasión viene a decir «sé qué se siente, ¿a que es una mierda?». La lástima significa que creen que estás derrotada.

—Él no me pegó —espeté con irritación—. Le mataría si lo hiciera.

—Lo haría. Menudo carácter tiene. Y, además, es terca como una mula. Pero estamos en ello, ¿no es verdad, señorita Lane? —Barrons desvió su sonrisa lobuna hacia mí, y señaló bruscamente con la cabeza al piso superior.

Algún día voy a presionar a Jericho Barrons tanto como me sea posible para ver qué pasa. Pero tengo que esperar un poco, hasta estar más fuerte. Hasta que esté convencida de que tengo la victoria de mi parte.

Puede que me hayan arrastrado a la fuerza a esta guerra, pero estoy aprendiendo a elegir mis batallas.

No vi a Barrons durante el resto del día.

Como si fuera un soldado obediente, me retiré a las trin-

cheras como me habían ordenado y me quedé allí, a cubierto. En dichas trincheras, tuve una epifanía: la gente te trata tal y como tú permites que te traten.

La palabra clave era «permitir».

Existían excepciones, en su mayoría padres, amigos y cónyuges, aunque gracias a mi empleo como camarera en el Brickyard, he visto a parejas casadas hacer cosas en público peores de lo que yo le haría en privado a alguien que me cayera mal. En definitiva, la mayor parte de la gente te presionará tanto como tú les dejes. Puede que Barrons me hubiera enviado a mi cuarto, pero yo fui tan tonta como para hacerle caso. ¿De qué tengo miedo? ¿De que me haga daño, de que me mate? No creo que lo hiciera. La semana pasada me había salvado la vida. Me necesitaba. ¿Por qué había dejado que me intimidase?

Estaba indignada conmigo misma. Todavía me comportaba igual que MacKayla Lane, camarera a media jornada, adicta a tomar el sol la otra media jornada y chica glamurosa a tiempo completo. Mi reciente roce con la muerte había puesto de manifiesto que esa chica no sobreviviría por estos lares, una afirmación que mis diez uñas rotas y sin pintar recalcan enfáticamente. Por desgracia, para cuando tuve mi epifanía y bajé de nuevo como una exhalación a la planta baja, Barrons y el inspector ya no estaban.

Para empeorar mi ya de por sí pésimo estado de humor, había llegado la mujer que dirigía la librería y se ocupaba de llevar la antorcha por Barrons. Fiona era una despampanante y voluptuosa mujer de cincuenta y pico años, a la que no le caía nada bien. Sospecho que le caería aún peor si supiera que Barrons me había besado la semana pasada. Yo estaba prácticamente inconsciente cuando lo hizo, pero lo recuerdo. Me había resultado imposible olvidarlo.

Cuando levantó la vista de los números que estaba marcando en su móvil, decidí que tal vez sí lo sabía. Sus ojos tenían una expresión venenosa, su boca formaba un mohín enmarcado por leves arrugas. Cada vez que inspiraba rápida y superficialmente, su blusa de encaje se estremecía sobre su generoso pecho, como si acabara de venir corriendo de algún lado o sufriera una gran aflicción.

—¿Qué hacía Jericho hoy aquí? —preguntó con voz

aguda—. Es domingo. Se supone que no viene los domingos. No se me ocurre ningún motivo para que viniera. —Me examinó de la cabeza a los pies en busca, creo yo, de indicios de un revolcón reciente: cabello despeinado, tal vez que a mi blusa le faltara un botón o que en un descuido por la prisas me hubiera olvidado de las medias y estuvieran enganchadas en la pierna de mis vaqueros. Ya me pasó una vez; Alina me salvó antes de que nuestra madre me pillara.

Estuve a punto de echarme a reír. ¿Un revolcón con Barrons? ¡Seamos realistas!

—¿Qué haces aquí? —repliqué. Ya estaba harta de ser un soldadito bueno. La librería estaba cerrada y ninguno de ellos deberían haber estado aquí, perturbando mi ya de por sí interrumpido descanso.

—Iba de camino a la carnicería cuando vi salir a Jericho —dijo con tirantez—. ¿Cuánto tiempo estuvo aquí? ¿Dónde estabas tú? ¿Qué estabais haciendo antes de que llegara? —Los celos teñían su voz de forma tan vibrante que esperaba que su aliento surgiera formando pequeñas nubes de vaho. Como conjurada por la tácita acusación de que habíamos estado haciendo cochinas, una visión de Jericho Barrons desnudo —oscuro, despótico y probablemente fiero en la cama— atravesó mi cabeza.

Lo encontré asombrosamente erótico. Turbada, realicé un apresurado cálculo mental del mes. Menos mal, estaba ovulando. Eso lo explicaba todo. Cuando ovulo me paso tres días cachonda como una perra: el día previo, el día en cuestión y el posterior; supongo que la Madre Naturaleza tiene una retorcida forma de asegurar la supervivencia de la raza humana. Me fijo en tíos a los que normalmente no prestaría atención, sobre todo si llevan vaqueros ajustados. Me sorprende a mí misma intentando decidir si cargan a la izquierda o a la derecha. Alina solía partirse de risa y decirme «si no puedes distinguirlo, enana, mejor no quieras saberlo».

¡Alina. Dios mío, cuánto la echaba de menos!

—Nada, Fiona —le dije—. Yo estaba arriba.

Ella me apuntó con un dedo, sus ojos brillaban peligrosamente, y de pronto temí que fuera a echarse a llorar. Si se ponía a llorar se vendría abajo mi resolución. No puedo soportar que una mujer mayor llore, veo a mi madre en todas ellas.

Me sentí aliviada cuando, por el contrario, me gruñó:

—¿Crees que Barrons te curó las heridas porque le importas? ¿Crees que se preocupa por ti? ¡No significas nada para él! No puedes comprender a ese hombre, ni su forma de ser. Ni sus necesidades o deseos. No eres más que una estúpida y egoísta niña ingenua —dijo entre dientes—. ¡Vete a casa!

—Me encantaría volver a casa —repuse—. ¡Por desgracia, ésa no es una posibilidad para mí!

Ella abrió la boca, pero se abstuvo de continuar con aquello porque yo ya me había dado media vuelta y estaba cruzando las puertas que comunicaban con la residencia privada que formaba parte de la tienda; no estaba de humor para que me arrastraran a una discusión que ella andaba buscando. La dejé vociferando algo acerca de que tampoco ella tenía alternativa.

Subí arriba. Ayer Barrons me había dicho que me deshiciera de la escayola. Le dije que los huesos no soldaban tan rápido, pero el brazo volvía a picarme como mil demonios, de modo que fui al baño adyacente al dormitorio y me la quité.

Giré la muñeca enérgicamente y acto seguido flexioné la mano. Obviamente el brazo no se había roto, probablemente sólo había sido un esguince. Lo sentía como nuevo, más fuerte que nunca. Me despojé del vendaje del dedo y comprobé que estaba estupendamente. Tenía una difusa marca roja y morada en el antebrazo, igual que una mancha de tinta. Mientras me lo lavaba, volví la cara hacia uno y otro lado en el espejo, deseando que los morados se curaran con la misma rapidez. Había pasado la mayor parte de mi vida siendo una atractiva rubia. Ahora, el espejo me devolvía la imagen de una chica bastante maltrecha con el cabello corto y negro.

Me di la vuelta.

Mientras me recuperaba, Barrons me había traído una de esas neveras pequeñas que los universitarios tienen en sus residencias y la había llenado de tentempiés. Abrí un refresco y me repanchingué en la cama. Pasé el resto del día leyendo y navegando por la Red, intentado educarme sobre todo en el tema sobrenatural. Había vivido mis primeros veintidós años de vida menospreciando e ignorándolo todo.

Desde hacía una semana, esperaba que viniera el ejército del Infierno. No era tan estúpida como para creer que esta pe-

queña tregua fuera otra cosa que la calma que precede a la tormenta.

¿Estaba realmente muerto Mallucé? Pese a que había apuñalado al vampiro de ojos amarillos durante mi malogrado enfrentamiento con lord Master, y que lo último que vi antes de sumirme en la inconsciencia a causa de las heridas que me había infligido en respuesta fue a Barrons aplastándolo contra la pared, no estaba convencida de su muerte y no lo estaría hasta que oyera algo de los adoradores de mirada vacía que abarrotaban la mansión gótica del vampiro en el sur de Dublín. Mallucé, que estaba al servicio de lord Master, aunque le engañaba y ocultaba poderosas reliquias al líder de los Unseelie, había tratado de matarme a fin de silenciarme antes de que rebelara su sucio secretillo. Si seguía aún con vida, no me cabía la menor duda de que vendría de nuevo a por mí sin demora.

Mallucé no era la única preocupación que moraba en mi cabeza. ¿De veras era lord Master incapaz de traspasar los antiguos conjuros realizados con sangre y piedra alrededor de la librería, tal como Barrons me aseguraba? ¿Quién había conducido el coche que la semana anterior pasó por delante de la librería, transportando la alucinógena maldad del Sinsar Dubh? ¿Adónde lo habían llevado? ¿Por qué? ¿Qué hacían en estos momentos todos los Unseelie que habían sido recientemente liberados por lord Master? ¿Y en qué medida era yo responsable de ellos? ¿Ser una de las pocas personas que pueden solucionar un problema te convierte en responsable de solventarlo?

Pasaba de la medianoche cuando me dormí, con la llave echada a la puerta de mi cuarto, las ventanas cerradas a cal y canto y las luces encendidas.

Supe que algo pasaba nada más abrir los ojos.